

Don Ernesto

de Miguel Oliver
©

Una espléndida tarde otoñal, soleada, aunque con ese olor de lluvia y de hojas mojadas, andaba yo por la gran avenida de Buenos Aires, de camino hacia el suntuoso palacete del varón Francisco de Olivares. Don Ernesto, que así se llamaba el varón, me había citado en su casa para enseñarme unos valiosos medallones, muy conocidos entre sus amigos y, lógicamente, también entre toda la vecindad. Hasta entonces, y eso que nos conocíamos desde hacía muchos años, por alguna extraña razón me había ocultado siempre tan preciado tesoro. Así pues, decidido y orgulloso de que me hiciera llamar por su propio mayordomo, acudí a la cita con gran impaciencia.

Durante unos instantes me detuve frente al suntuoso portal de estilo victoriano de su casa. He de decir que aquel palacete siempre me había fascinado a pesar del abandono de su fachada, de los mármoles desconchados y de las ventanas que echaban en falta una buena mano de pintura. Lo estuve mirando quizá durante unos minutos, no lo sé muy bien, y luego llamé a la puerta sacudiendo con fuerza el bronce del picaporte. El mayordomo, que parecía que me estaba esperando, abrió la puerta con una increíble rapidez. Entré sin vacilar y mi primer paso fue a hundirse en una espesa alfombra persa que cubría buena parte del recibidor. El mayordomo me indicó el camino hacia el salón. Yo le seguí, andando con las pupilas bien abiertas para no perderme detalle. Don Ernesto, estaba esperándome sentado frente a un gran escritorio de perfiles isabelinos. Al verlo, sentí la agobiante sensación de no encajar entre aquellas cuatro espaciosas paredes. Todo el salón estaba repleto de libros, de fotografías y de manuscritos polvorientos, más o menos ordenados en estanterías que iban desde el suelo hasta el techo. Dos grandes estatuas de mármol blanco, de

pechos abundantes y desnudos, y con cierto parecido a camareras de burdel, añadían a la habitación un encanto pintoresco que se daba de bofetadas con el resto de la decoración. Aparte de aquellas señoras de mármol, todo cuanto había en el salón olía a rancio..., a higo pocho.

Don Ernesto levantó sus profundos y huidizos ojos sobre mí, sin decirme nada, y con esa indiferencia de siempre que hacía sentirme un tanto incómodo. Con sus arrogancias e impertinencias, conseguía reducirme a la nada, y no dejaba de fastidiarme hasta que mi corazón se quedaba como un globo pinchado. Finalmente, me senté tímidamente en un magnífico sillón tapizado con elegantes telas de damasco. Tanta riqueza me excitaba. Yo, aunque era amigo de don Ernesto, no poseía más que un viejo caserón que heredé de un tío lejano. Ambos vivíamos en la misma vecindad, a escasos cien metros, sin embargo, esa corta distancia, tanto para uno como para otro, era un abismo que separaba dos mundos.

Apenas me senté, empezó a contarme mil historias de su colección de medallones. Su voz corría por mis orejas como una araña que iba tejiendo pacientemente su tela. Me enlazaba grandes historias con grandes mentiras, como si yo fuera tonto. Tonto o no, me lo tragué todo sin pestañear para no ser descortés. Quizás, algunas de aquellas historias eran ciertas, no lo sé. Sólo recuerdo que me resistí a escucharlo, aunque, no por ello, dejé de oírle. De repente, un rayo de sol, que penetró muy fugaz por la ventana, iluminó uno de esos medallones. Me fijé en él. No sé qué tenía, pero parecía especial porque, tan efímero como ese rayo, pasó por mi cabeza el deseo de poseerlo. Cuando don Ernesto se refirió a él —eso sí recuerdo haberlo escuchado—, sus palabras se me iluminaron con esas mismas luces del rayo y cegaron mis ojos de envidia. Sus palabras, y esa luz que salía del medallón, se grabaron en mi mente con una fuerza enloquecedora que me estremecía. De pronto, en mi pensamiento se cruzó un deseo homicida que no pude reprimir. Ese medallón, no lo duden, parecía tener un hechizo. Mientras tanto, don Ernesto me contaba que había pertenecido a

una gran dama y que tenía un incalculable valor que, mi pobre imaginación, no podía apreciar. Su horrible carcajada me enfureció.

Sin intención de contrariarle, aunque le hubiera pegado un buen mordisco en las narices, cogí el medallón de su mano. Mis dedos temblaban y sentía un sudor frío que se deslizaba por mi espalda. He de reconocer que, en aquél momento, tuve miedo. Las yemas de mis dedos se quemaban: era como si hubiera cogido un hierro ardiendo. El resplandor aún seguía allí: en el esmalte de ese medallón. Nunca había visto nada semejante, ni tampoco a una dama de perfiles tan grotescos que parecía reírse del mundo desde el interior del esmalte. Esos destellos de luz eran como los fuegos del infierno: un fuego que me abrasaba con la frialdad del hielo y que corría por mis venas encendiéndome el más oscuro de los deseos. ¿Qué tendría aquel medallón que me horrorizaba tanto?. La verdad es que no lo sé, pero, fuera lo que fuese, hizo que se abrieran las puertas que encerraban mis locuras y que se despertaran mis demonios. ¿Por qué don Ernesto jugaba con mis demonios?. La verdad es que no alcanzaba a entenderlo porque imaginaba que solo un loco sería capaz de hacerlo. Pero..., ¿quién estaba loco?... ¿Yo?..., no, imposible. Si lo estuviera, no podría razonar, y sé que lo estaba haciendo. En cambio, don Ernesto..., él..., él sí que estaba loco porque se reía removiendo su lengua como si fuera un cuchillo que iba rebanando mis pensamientos. No tenía piedad y, con sus locuras y sus risas, me envenenaba dulcemente.

Anduve unos instantes pensando en otras cosas, intentando desvanecer esos pensamientos, pero fue inútil: don Ernesto seguía riéndose, y su risa chispeaba por mi cabeza encendiendo los fuegos que quemaban mi razón. Y, con razón o sin ella, imaginé, no sé por qué, que su enorme y viscosa lengua perforaba mi pecho y lamía mi corazón. ¡Dios!... ¡Don Ernesto estaba loco!. El hedor de esa carne desgarrada me estremecía tanto que quise gritar con todas las fuerzas, pero no pude. Mis pulmones se habían contraído y mi garganta estaba inmóvil por el veneno fatal de sus palabras. Sentía que el corazón se me hinchaba de aire después de escupir la última gota de sangre. Mis venas

estaban resacas, llenas de coágulos y de ira que resoplaba como el viento. Mi mano..., mi mano, ya no sentía nada. Mis ojos, cautivados por aquél reflejo mortal, vomitaban lágrimas de horror que salpicaban mis pálidas mejillas y don Ernesto, no contento aún, me perforaba los tímpanos con su lengua. Sus palabras y su lengua me acuchillaban como si fueran agujijones venenosos y no cesaron hasta que los sesos me salieron por las orejas.

Don Ernesto creía que yo era tonto porque no me quejaba ni decía nada; pero yo le conocía y veía en sus ojos el placer de verme sufrir sabiendo que estaba agonizando sólo con el latazo de oír su voz. Lo sabía todo y, sin embargo, seguía riéndose. De veras que no había duda: ¡don Ernesto estaba loco!

Levanté la mirada para verle por última vez, antes de exhalar mi último suspiro, pero no le vi. Sólo pude ver una enorme daga a sus espaldas que colgaba de la pared. Eso me devolvió de nuevo a la vida. Su forma, su color, su filo, todo en ella me atrajo. Con disimulo —cosa que sabía hacer muy bien—, me levanté del sillón dejando en la tela una profunda oquedad donde, hasta entonces, habían reposado mis nalgas. ¡Qué absurdo!. No se rían si les digo que, aunque ya no estaba en el sillón, yo todavía me veía allí, aguantando las hilarantes risas de don Ernesto que ni siquiera pestañeó al verme levantado. Al principio me resultó algo incómoda esa situación, pero pronto me acostumbré y me vi como si fuera una mosca que andaba zumbándole al oído.

Me hice señas a mí mismo. No respondí, ¡claro!. Era tan pequeño que ni yo mismo me veía. Bueno..., ¡je!. Se me ocurrió una idea que, solo de pensarla, me dió escalofríos pero que, a don Ernesto, seguro iba a sorprenderle. Mientras él se distraía hablando con mi sombra, que seguía sentada frente a él en el sillón, yo, aprovechando que no me veía, iba a esconderle su medallón. La idea me fascinó, claro que había que buscar un buen sitio donde no pudiera encontrarlo. Me mordí una uña intentando pensar. Después de mordisquearme tres o cuatro, comprendí que la daga iba a darme la solución. Sólo tenía que lograr que don Ernesto se dejara esconder el medallón dentro de sí

mismo. ¡Je!..., seguro que no lo encontraría..., y seguro que iba a perder la cabeza buscándolo. Luego, para darle más emoción al juego, pensé que, después de esconderle el medallón, podría sentarme otra vez en el sillón —donde había dejado a mi sombra supliéndome—, y que don Ernesto, con un poco de suerte, ni siquiera sospecharía que me había levantado. Luego, me esperaría pacientemente a que él se diera cuenta.

Sentí la daga como una prolongación más de mi mano. Era como un enorme dedo que quería hacerle cosquillas en la piel blandengue de su cuello. Avancé con sigilo y contuve la respiración durante unos instantes. El pulso me temblaba, quizá porque dentro de mí seguía resonando su maldita risa que me desgarraba el alma. Levanté la mano por detrás de su cabeza y luego dejé caer la daga con todas mis fuerzas. Sentí un ligero chasquido cuando la daga se hundió en su cuello y lo cortó finamente como si fuera una rebanada de pan. Su cabeza fue a estrellarse en la alfombra que tenía debajo de sus pies. La sangre le salía a borbotones derramándose por su pecho como si fuera el lagrimeo de una vela. Recogí su cabeza del suelo, agarrándola por los cabellos, y con las uñas rasgué sus venas para que la sangre no se coagulara y siguiera fluyendo hasta sacar la última gota; luego, cogí el medallón y lo tiré por el orificio de su faringe antes de ponerle de nuevo la cabeza en su sitio. Don Ernesto no dijo nada, aunque escuchaba mis palabras sin parpadear. ¡Je!... yo me reía como un loco sólo de imaginarme la cara que iba a poner cuando le dijera que había escondido su medallón; aunque luego, cuando la impaciencia por desvelar mi secreto me hizo perder la cabeza y se lo dije sin vacilar, comprendí lo equivocado que estaba porque, con su insultante arrogancia de siempre, ni siquiera pestañeó. ¡Je!..., ¡que loco que estaba!

* * *